

CANELA

La casa gris



LA CASA GRIS

CANELA

“La casa gris” de Canela.

En *Marisa que borra*, Editorial Sudamericana, 1990.

© Canela

Ilustraciones: marumont

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2008

Colección: “Escritores en escuelas”



Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Unidad de Programas Especiales

Plan Lectura 2008

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires.

Tel: (011) 4129-1075/1127

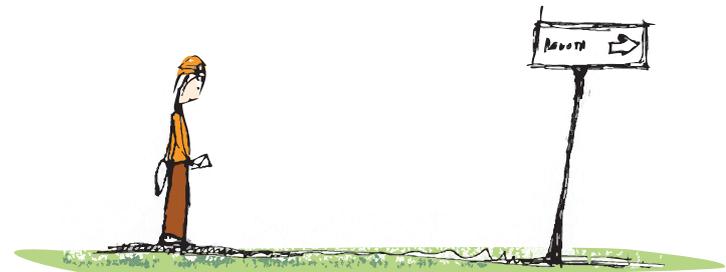
planlectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/planlectura

República Argentina, 2008

Ser cartero no es tan fácil; por empezar no hay que tener pie plano, es lo primero que los compañeros te dicen al entrar, porque, eso sí, los carteros son solidarios, todos son consejos y buenas intenciones siempre y cuando uno no se meta en la zona del otro.

Me parece que pasaron mil años desde aquella mañana en la que me entregaron el "paquete" con las cartas de mi zona, ordenadas por calles y por altura. Yo era nuevo, así que tuve que manejarme con una especie de plano que había dibujado con lápiz la noche anterior. No voy a negar que estaba un poco nervioso, me sudaban las palmas de las manos de sólo pensar que me podía equivocar de puerta o de destinatario. O, peor todavía, que me iba a perder en el laberinto de calles que es Buenos Aires.

Nunca me perdí. Al contrario, en poco tiempo orientaba a los despistados que querían saber dónde quedaba Bogotá, la calle que siempre confundían con Bacacay, la



de al lado, o buscaban Fray Luis Beltrán, una cortada de tres cuadras que atraviesa las vías del tren.

Al cabo de un tiempo no sólo conocía todos los vericuetos del barrio de Flores, sino también todas sus historias. Historias de buenos y malos vecinos, se entiende.

A mi nariz le gustaba el barrio, el aroma del pan recién horneado bien temprano, en la esquina donde estaba la panadería “La Preferida” justo cuando empezaba mi recorrido, el aroma de los tilos que en primavera perfumaban el aire y hasta el olor a pis de gato que salía en vaharadas de las casitas estilo inglés, donde en general había gente vieja y helechos gigantes que crecían al amparo de la humedad de los pinos.

En esas casas tenía que ser paciente, las dueñas salían refunfuñando envueltas en rotos saltos de cama y en chancletas, entre gatos que maullaban y saltaba alrededor de ellas. Paciencia a mí me sobraba y curiosidad también; solía quedarme parado en la vereda cuando alguien recibía una carta muy esperada. Se notaba enseguida, la abrían delante de mí y empezaban a leer; por la expresión de la cara yo podía saber si eran buenas noticias o si el destinatario necesitaba consuelo.

Tenía lo que se dice vocación para el oficio. Habría seguido siendo cartero toda la vida si no hubiera perdido el habla.

Desde entonces escribo. Pero es la primera vez que

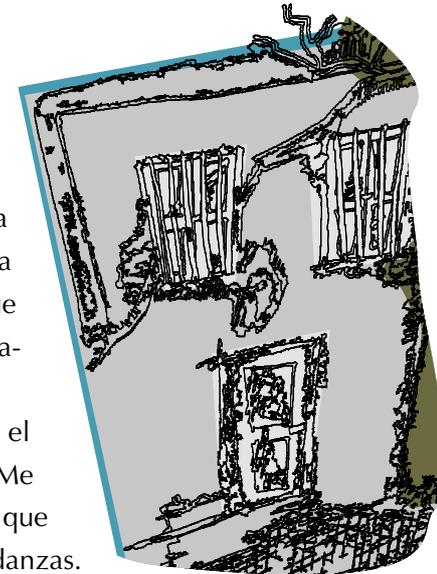
escribo esta historia. Una historia que nadie va a creer pero que es la causa de todos mis males. Aunque en el lugar que estoy ahora me tratan muy bien. No me quejo.

Como decía, conocía bien el barrio. Cada casa, cada puerta. Me enteraba de los cambios antes que nadie. Nacimientos, muertes, mudanzas.

Me intrigaban las casas abandonadas, con puertas que un día se cerraron y que no abría nadie. A una de esas casas llegó una carta. Yo sabía que el dueño, un hombre solo y huraño, había partido de viaje y había muerto lejos.

La casa estaba en juicio de sucesión. De esos que duran años. Era una casa grande y gris, con molduras de cemento y rejas de hierro forjado en las ventanas. Tenía la pintura descascarada y una rajadura que le cruzaba el frente en la parte alta. Por la rajadura asomaba un arbusto retorcido y raquítico que crecía con la mitad de las raíces al aire.

Sentía algo raro, un toque de zozobra, cuando me acercaba a ese lugar; tanto que prefería cruzar la calle y pasar por la vereda de enfrente. Se imaginan qué extraño me resultó ese sobre con la dirección de la casa (que no consigo aquí por discreción). Lo miré del derecho y del revés, lo miré al trasluz para ver si se trataba de algún folle-



to de propaganda. Pero era una carta, dirigida al que había sido dueño de la casa. A veces pasa que una carta llega tiempo después de la muerte de una persona.

No era asunto mío, así que con cierta prevención toqué el timbre casi sabiendo que no funcionaría. Efectivamente no escuché el sonido del timbre. Pero sí el ladrido del perro. Fue tan sorprendente que se me cayó la carta de las manos y tuve que agacharme a recogerla. El perro seguía ladrando y yo toqué el timbre otra vez tomando un poco de distancia como si fuera a abrirse la puerta de golpe y una bestia negra y peluda pudiera saltar sobre mí. El ladrido del perro se cortó en seco y la manija de la puerta giró lentamente. Quizá fue con un chirrido como las películas

de terror, de eso no me acuerdo, pero sí sé que se abrió muy despacio y que a medida que se abría me llegaba un aire frío que venía desde adentro. La puerta quedó apenas entreabierta y pude ver que una cadena de seguridad la trababa, pero nada más. Juro que no vi nada más. Me quedé esperando un momento y el perro volvió a ladrar otra vez con un ladrido mecánico,



ahora lo oía mejor. Pensé que tapaba la voz de quién estaba esperando; entonces dije lo más alto y firme que pude:

—¡Cartero!

Nadie me contestó. Yo tendí la carta, la ofrecí al aire frío que venía desde adentro y... algo me la arrancó. Fue un tirón seco y decidido. Después la puerta se cerró suavemente otra vez.

Me quedé con el pecho latiendo desacompañado y la boca seca.

Imaginé muchas cosas. Pensé que podía tratarse de un ladrón o de un usurpador. O que algún pariente que tenía la llave había entrado a buscar algo que podía interesarle. Pero en fin, pasada la primera impresión sentí que había hecho lo que debía: entregar la carta en su lugar de destino.

Días más tarde, cuando ya había olvidado el episodio, llegó otra carta.

Era el mismo sobre blanco, escrito con letra complicada, pero calle y número estaban claros.

De nuevo la casa gris.

Ahora no me sorprendía; pensé que alguien podía estar allí para recibirla. Toqué el timbre que no funcionaba y el perro otra vez. Me pareció que la planta de la pared había crecido y que se movía exageradamente con la vibración de los ladridos. Pero era sólo una impresión. Con la esperanza de que esta vez no hubiera nadie para recibir la correspondencia toqué el timbre de nuevo y me sobresalté



porque casi al mismo tiempo la puerta se abrió suavemente dejando sólo el espacio que permitía la cadena. Estiré la mano, que temblaba un poco, y empecé a sentir en la cara el aire frío que venía de adentro, cuando algo me “chupó” la carta. Salí corriendo. El sonido ronco y mecánico del perro ladrando me siguió hasta la esquina.

Un buen cartero no tiene que imaginar nada. Cada casa tiene sus misterios y no hay que meterse. Una de las reglas del buen cartero es ser cortés y discreto, me lo sabía de memoria. Pero el perro y la puerta empezaron a quitarme el sueño.

Llegaron muchas cartas, una por semana, y si bien la situación se repetía me parecía cada vez más rara. El ladrido me erizaba, las ramas de la planta habían crecido tanto que me tocaban la cabeza cuando me paraba frente a esa puerta y ni hablar del aire helado que me arrancaba las cosas de las manos. En eso estaba, sin atreverme a contarle nada a mis compañeros, cuando llegó una carta más. Vi con angustia que la dirección era la de siempre, y al mismo tiempo comprobé que pese a la impresión que la casa gris me causaba, la semana se había hecho larga esperando tener la ocasión de tocar el timbre una vez más.

No hizo falta. La puerta estaba abierta. Apenas abierta. Lo suficiente para que casi sin darme cuenta me encontrara adentro. No había ningún perro. Me envolvió una corriente de aire helado y húmedo, y un silencio casi absoluto. Por las hendiduras de las ventanas y por la puerta pasaba algo de luz. Pude ver la silueta de los muebles, un piano de cola cerrado y polvoriento; sobre el piano, retratos. Chicos en la playa, en grupo. Una pareja en el día de su casamiento. Y la foto del hombre con su perro, un ovejero alemán.

Caminé hacia una ancha y oscura escalera que llevaba a la planta alta y comencé a subir, no me pregunte por qué. Quizá la misma fuerza que me sacaba las cartas de la mano me obligaba a avanzar. Lo primero que vi arriba fueron los sobres, sólo los sobres, apilados y sin abrir.

“¿Para qué los habrán recibido entonces?”, me pregunté, cuando me distrajo una chimenea encendida. El fuego tenía un brillo exagerado pero las llamas apenas se movían y no daban calor. Todavía me faltaba entregar una carta. Hice entonces lo que un cartero jamás debe permitirse, sin pensarlo abrí el sobre con los dedos agarrotados y a la luz de ese fuego comencé a leer. Pero es lo último que recuerdo.

Me desperté en la cama de un hospital, en una sala especial para enfermos mentales. Me enteré de lo que pasó a través del diario que mis compañeros del correo me alcanzaron para que viera que me nombraban. Yo no

podía hablar pero no estaba tan confuso como ellos creían cuando todavía venían a visitarme.

En un pequeño recuadro dentro de la sección policiales del diario decía que el incendio había destruido gran parte de una casa deshabitada del barrio de Flores. Los bomberos en su acción de rescate habían salvado la vida a un hombre que se encontraba en la planta alta. El mismo había sido identificado más tarde como Agustín Iniesta, el cartero de la zona que había ingresado por razones aún desconocidas a la vivienda. Y seguía diciendo, escrito así, en pocas líneas, pero con mi nombre: Iniesta fue internado con principio de asfixia y bajo estado de shock; una vez ingresado al nosocomio recobró el sentido pero habría perdido la facultad de hablar; este hecho y la evidente confusión mental en que se hallaba le impidieron explicar lo sucedido.

Todavía guardo el recorte entre mis cosas. En realidad lo único que no me permiten guardar es fósforos. Debe ser por el incendio.

Pasó mucho tiempo, encanecí prematuramente y no recuperé el habla. Pero poco a poco fui recordando todo lo que les cuento ahora.

Como ustedes pueden ver, no estoy loco como dicen, sólo que, por esas cosas de la vida, me tocó a mi entregar esas cartas a un fantasma.

El fantasma con su perro es el único que viene a visitarme.



Nació en 1942 en Vicenza, Italia. Llegó como inmigrante a la Argentina cuando tenía diez años. Vivió en Mar del Plata, luego en San Francisco (Cba) y más tarde en Córdoba capital en cuya Universidad estudió Letras modernas. Actualmente vive en la ciudad de Buenos Aires donde adoptó la ciudadanía argentina. Ha sido Directora editorial de Departamento de Literatura para niños y jóvenes de Editorial Sudamericana. Editando al rededor de 250 títulos. Ahora prefiere dedicarse a escribir. Ha participado en varios Congresos internacionales y ha formado parte como Jurado en Concursos de Literatura Infantil. En el ámbito de los medios de comunicación es locutora nacional. Desde 1962 comenzó a trabajar en radio y televisión como periodista, conductora, guionista y creadora de diferentes ciclos. Ha obtenido numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera profesional. En el 2007 ha sido declarada Personalidad destacada de la cultura de Buenos Aires.

¿Querés leer más de este autor?

Marisa que borra, (seleccionado por la IJB de Alemania para el Catálogo White Ravens 1990), *Boca de sapo*, Col. Pan Flauta; *Barco pirata*, Col. Pan Flauta (con cassette en el que la autora narra el cuento musicalizado); *Para cuando llueve* (poesía), *Letras en el jardín*; *La Serie Lola* (6 títulos); *Mona Lisa y el paraguas de colores*. *Mona Lisa y la regaderita verde* y *Mona Lisa y el palacio de la papa frita*. (Colección Caminadores) y *La piedra de la Paciencia*. Para adultos: *Paese y Arte Povera* (poesía).

¿Querés saber más de esta autor?

colectivoimaginario@fibertel.com.ar

www.educared.org.ar/galeriadeautores/canela/index.asp

Ingresá en www.leer.org.ar en la galería de autores sección chicos.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



cfce
Consejo Federal
de Cultura y Educación